

## La era de los soportes electrónicos

Joaquín Rodríguez  
Pretexto Covarrubias 2008

*Creación y conocimiento en la red: experiencias y perspectivas en español*, pp. 29-42

La pregunta hoy en día ya no es si el libro electrónico sustituirá o no al libro en papel, si los soportes digitales usurparán al soporte de celulosa que nos acompaña desde hace más de cinco siglos, si Internet y la miríada de dispositivos digitales dedicados y no dedicados que nos cortejan se apropiarán en nuestra cultura del papel del papel. Por mucho que esa pregunta —y la respuesta que de ella se espera— tengan todo el atractivo y el tirón de un titular periodístico, no debería formularse, simplemente, en términos de reemplazo completo o de sucesión inmediata. No cabe ya duda alguna —y esta es ya parte de la respuesta— que el siglo XXI es el de la era del libro electrónico o, por expresarlo de una manera más precisa, de los soportes electrónicos, y que el papel dejará de jugar en gran medida el cometido central que le hemos adjudicado —soporte al mismo tiempo informativo, acreditativo, estructurador del contenido y su significado, íntimo y público—, pero la pregunta debería dejar de formularse en singular para plantear la pluralidad de cuestiones que rodean este fenómeno y acotarlo, así, de manera más cabal y escrupulosa: ¿existen diferencias entre los tipos de contenidos y su tendencia a avenirse al formato digital? ¿Qué clase de contenidos, si esa diferencia existiera, serán sustituidos con más celeridad? ¿Qué otros perdurarán con más contumacia en el soporte papel? ¿Por qué no se ha producido ya la sustitución plena de los soportes si contamos desde hace ya una década con prototipos de libros electrónicos que, en principio, ofrecen las mismas propiedades y posibilidades que los libros en papel? Las resistencias al cambio que encontramos, ¿son simplemente el fruto de la obstinación de la industria editorial, temerosa de perder las certezas sobre las que se basa, o hay algún otro elemento más fundamental que no se haya tenido en cuenta y que esté afianzado de tal manera en nuestra manera de percibir las cosas que desafíe la revolución digital? ¿Cuánto tiempo durarán los libros tal como los conocemos, plausiblemente, teniendo en cuenta la constelación de factores que intervienen en el acto aparentemente solitario e intransitivo de la lectura? ¿Qué tienen que ver, a propósito, los hábitos lectores y su promoción con el libro electrónico y con la superabundancia de contenidos que podemos encontrar en los soportes digitales a un golpe de tecla? Si parece indiscutible que nuestro siglo será el que vea la sustitución de los soportes y el apogeo de lo digital, conviene, sin embargo, que maticemos las preguntas y nos planteemos, más bien, en qué extensión y con qué amplitud se producirá ese reemplazamiento; cuándo resulta previsible que se produzca y a qué ritmo, seguramente desigual; qué ganamos y qué perdemos con el

cambio y, sobre todo, con la amenaza que se cierne sobre la lectura tradicional y sus derivaciones cognitivas.

Hace ahora aproximadamente diez años que los primeros prototipos de libro electrónico aparecieron en el mercado: Rocket-Ebook, Softbook, Everybook, RB 1100 y 1200, incluso la variante gala, el experimento fracasado del Cytale. Todos ellos tuvieron como denominador común la soberbia tecnológica y la altanería mecánica con la que se lanzaron al mercado, con la que pretendieron acabar de una vez por todas, sin discusión ni transición alguna, con un soporte fruto de la decantación de cinco siglos, el libro en papel. Todavía podemos recordar que en las ferias profesionales de hace unos pocos años, los editores paseaban apesadumbrados bajo el auspicio de una mudanza insoslayable, abatidos y acongojados ante una mutación inesperada e inevitable. Pero ocurrió todo lo contrario, apenas unos años después: ninguno de los libros electrónico que con grandes alharacas fueron presentados como la indiscutible renovación de un soporte caduco —libros que como el Rocket-Ebook, el más famoso y completo de todos, seguramente, poseía una pantalla retroiluminada que dificultaba la lectura, haciéndola poco gustosa y a veces difícilmente legible, con escasa autonomía y menos memoria (ocho megas parecen hoy una nimiedad) y con una exigua oferta de títulos digitalizados, todo el conjunto dependiente de una tecnología propietaria sin conexiones inalámbricas que lo convertían en un dispositivo dedicado e inexpugnable, incompatible—, perduraron en el mercado más allá de dos o tres años, poniendo en evidencia su endeblez y la inconveniencia de comportarse con arrogancia ante los viejos soportes aparentemente decadentes. Como en tantas otras ocasiones que se inventan artilugios de la naturaleza que sea sin tener en cuenta si preexiste una necesidad estructural lo suficientemente pujante como para justificar su desarrollo y su lanzamiento y como para facilitar, al menos, su recepción, los libros electrónicos fueron lanzados, simplemente, cuando la tecnología estaba disponible y la tecnología nunca es otra cosa que una variable necesaria, pero nunca suficiente, al menos cuando se entremezcla con intereses humanos.

El paralelo histórico que a menudo se utiliza, el del surgimiento y adopción de la imprenta, puede enseñarnos mucho sobre ciertas constantes históricas que se repiten y que determinan el curso de una tecnología: mediado el siglo XV la expansión de nuevas formas de conocimiento amparadas y cultivadas en las Universidades requerían de un modelo de producción y difusión del conocimiento para la floreciente comunidad científica que no fuera el ya insuficiente trabajo del amanuense, que copiaba artesanalmente a partir de los cuadernos (*peciae*) del *exemplar* que el estacionario autorizado alquilaba para tal fin. Ese mecanismo lento y obsoleto fue sustituido exitosamente por una máquina prensadora de caracteres móviles

tallados por el hijo de unos orfebres, y dio con ello satisfacción y respuesta a una demanda inaplazable. La invención de Internet como herramienta de comunicación dentro de una comunidad científica hiperespecializada —la de los físicos de altas energías del CERN y sus colegas del resto del mundo— que necesitaba de un instrumento de comunicación que les mantuviera permanentemente en contacto y les permitiera generar y distribuir la información de manera cómoda y accesible, tiene mucho que ver con su inmediato antecedente histórico y nos puede dar medida cabal de su presumible perduración.

La tecnología, en consecuencia, es un factor necesario, pero nunca por sí mismo suficiente, porque su adopción, uso y perpetuación dependerán de las necesidades y hábitos de la comunidad que pudiera asumirla. Por eso no basta con que hace una década nos anunciaran con vehemencia excluyente que los libros electrónicos venían a reemplazar sin cortapisas a los libros del papel, porque nada de eso ocurrió. Nadie de quienes concibieron aquellos artilugios reparó, por ejemplo, en que la invención del alfabeto en la Grecia Antigua —tal como sabemos gracias a Havelock<sup>1</sup> y otros especialistas del mundo clásico—, no representó la inmediata desaparición de la tradición oral y que al menos durante seis o siete décadas las nuevas obras literarias registradas gracias a la nueva tecnología de la palabra escrita, utilizaban en realidad un método de composición que no era otro que el de la proyección de los hábitos de comunicación e ilustración orales, que es buena medida lo que ocurre hoy con los libros electrónicos, que remedan hasta en su manera de pasar las páginas o en la sobrecubierta de cuero que recubre alguno de sus prototipos, el formato del libro en papel. El libro electrónico no ha encontrado todavía su textualidad propia, su manera de componer los mensajes que desea transmitir, y por ahora sigue reproduciendo la puesta en página que el papel propone, y esa transición llegó a durar en Grecia sesenta años; tampoco parecen haber reparado en que entre las muchas cosas que McLuhan nos legó hay una que gravita como una ley inviolable: el medio es el mensaje, el medio contribuye a moldear el significado que se transmite, el soporte compone el contenido de una determinada manera y ese formato reconocible e individualizado, nos transmite un sentido preciso que hemos aprendido a reconocer a lo largo de generaciones; los inventores de los libros electrónicos no cayeron en la cuenta que esas categorías de percepción tan radicadas en nuestros hábitos cognitivos y lectores no se erradican tan sencillamente, al menos no de un plumazo, que las categorías intelectuales que nos permiten distinguir de un vistazo un periódico de un libro, una carta manuscrita de una revista, y nos permiten distinguir, clasificar y jerarquizar el discurso y el tipo de mensaje que cada uno de ellos nos propondrá, no se extirpan sin resistencia, menos aún cuando el libro electrónico —tal como el Kindle presume hacer— confunde o entremezcla todos los formatos

---

<sup>1</sup> Havelock, E.A. 1996. *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre la oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Barcelona, Paidós.

en uno solo, sin posibilidad de establecer distingos o diferencias. La consistencia y el orden del discurso —tal como nos ha enseñado Roger Chartier<sup>2</sup>—, tardan siglos en forjarse, y es posible que no tarden centurias en desaparecer, pero sí, al menos, más tiempo del que los más irreflexivos tecnófilos quisieran; los fabricantes de libros electrónicos tampoco dieron valor alguno, por fútil o irrelevante, seguramente, a la personalidad de cada libro en particular, a su individualidad material, a su intachable originalidad, que no otra es la razón que a muchos nos lleva a coleccionarlos y acopiarlos avariciosamente, cuando el libro electrónico nos propone todo lo contrario: fundirlos en una masa digital indistinguible, formalmente indiferenciable; quienes lanzaron al mercado con alboroto mediático los libros electrónicos no observaron algunas cuestiones que les pudieron parecer nimiedades filológicas: que para que el libro electrónico pueda arraigar es necesario definir tanto las categorías intelectuales como los dispositivos técnicos que permitan percibir y designar ciertos textos electrónicos como libros, como entidades textuales específicas y distintas, para lo que deberían solucionarse, igualmente, todas las cuestiones jurídicas, administrativas, estéticas y biblioteconómicas que lo comprenden; tampoco parece que hayan calculado el peso que el papel y los libros tienen todavía en nuestra cultura en la atribución de crédito y reconocimiento, de reputación y notoriedad, porque un autor, en la gran mayoría de los casos, seguirá prefiriendo que el fruto de su trabajos sea impreso en papel antes que difundido a través de un soporte digital dedicado, porque el soporte no es solamente un recipiente neutro o un receptáculo aséptico que pueda ser utilizado de manera indistinta, sino, al contrario, una fuente de autoridad y ascendencia jurídica e intelectual; los libros en papel, debieran haber recapacitado quienes construyeron los primeros libros electrónicos, se adecuan perfectamente al hábito de racionalización sucesiva que la lectura propicia, mientras que la lectura hiperenlazada puede abocar a una experiencia caótica o errática que menoscabe la potencia humanizadora que la lectura clásica posee; más aún todavía: la historia del cerebro lector, tal como nos ilustra Maryanne Wolf<sup>3</sup>, es la de un órgano que sin predisposición genética alguna especializa y conecta progresivamente varias de sus áreas —lingüística, visual, memorística— para que el aprendizaje y el ejercicio de la lectura sea posible, para que el vínculo entre grafemas y morfemas que la invención del alfabeto griego propició, sea indeleble, y en ese proceso de hiperespecialización nos hacemos literalmente inteligentes, porque aprendemos a interponer distancia entre el texto y lo que pensamos, aprendemos por tanto a programar, planificar, anticipar, inducir, abstraer, estructurar... Los neurolingüistas nos dicen que la lectura nos dota de competencias intelectuales de alto nivel y nos advierten, en la misma medida, de las incertidumbres que rodean a las prácticas lectoras digitales, de la génesis de un nuevo cerebro

---

<sup>2</sup> Chartier, R. 1994. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona, Gedisa.

<sup>3</sup> Wolf, M. 2007. *Proust and the squid. The story and science of the reading brain*. New York. Harper Collins.

digital dotado de nuevas competencias que hoy desconocemos y que, quizás, acabe prescindiendo de las que han formado nuestra conciencia tal cual es. El más reciente estudio sobre lectura en la web que he podido consultar, apunta, precisamente, en este sentido<sup>4</sup>: los internautas solamente leen el 20% del texto de las páginas que consultan, en una especie de prospección apresurada que procura —como advertía Sócrates en el *Fedro* respecto a la lectura en general de los libros en papel, trasladada ahora al soporte digital— una suerte de conocimiento superfluo o superficial de lo consultado azuzado por ese sentimiento de inmediatez y accesibilidad que la red nos da.

En fin, muchos de nosotros, impenitentes usuarios de los medios informáticos que apenas podríamos trabajar sin el concurso de nuestros ordenadores y de las redes de comunicación, no concebimos nuestro futuro lector sin la consulta de nuestra biblioteca de papel, y pensamos morirnos de muy viejos, leyendo nuestros libros silentes.

No quiero, sin embargo, que quepa la menor duda respecto a mi opinión: la sustitución de los soportes es un hecho incontrovertible, incontestable, y tarde o temprano la sucesión será plena, completa, aunque no al ritmo inicialmente predicho, por el peso de todas las razones aducidas. Pero quizás convenga, por eso mismo, que precisemos las preguntas y que nos planteemos, entonces, ¿a qué ritmo y en qué ámbitos se está produciendo ya ese desplazamiento y en qué otros se demora y se resiste? Y, también, al mismo tiempo, ¿es que debemos si quiera utilizar como palabras sinónimas libro electrónico y soportes digitales? El reemplazo, en el ámbito de la ciencia, de ciertas disciplinas profesionales y de la consulta y la referencia, está siendo no solamente pleno, sino incluso insensible, inadvertido, indiscutible por indiscutido. Cuando los científicos, gracias a Tim Berners-Lee, disponen de una aplicación que les permite permanecer en contacto constante para intercambiar fluidamente contenidos sobre los que construir sus conocimientos, se produce una revolución copernicana similar en todos sus extremos a la acontecida en el siglo XV, por cuanto quienes son los verdaderos creadores disponen de los medios de producción para crear, difundir y compartir lo que hacen, prescindiendo potencialmente de intermediaciones que no añaden valor alguno a lo que pueden administrar y gestionar solos. Si la imprenta supuso una cesura infranqueable en un modo de producción anticuado, la imprenta digital que es Internet supone, de la misma manera, una sustitución completa de un modo anticuado de hacer las cosas. Claro que existen todavía reticencias de ciertas partes de la comunidad científica acostumbradas a que el crédito y el reconocimiento sea otorgado por la publicación de obras en papel, porque el papel sigue poseyendo aún ese poder de certificación que otros soportes no tienen, pero la evidencia del

---

<sup>4</sup> Nielsen, Jakob. *How Little Do Users Read?* 6 de mayo de 2008 <http://www.useit.com/alertbox/percent-text-read.html>

crecimiento de los índices de impacto de las obras científicas en la red es tan patente y notorio, que es cuestión de tiempo el que toda la comunidad científica acepte que la circulación irrestricta de sus conocimientos en la web contribuye de manera más completa y cabal a cumplir con los imperativos implícitos que todo científico admite por el mero hecho de pertenecer a la comunidad científica: construir nuevo conocimiento sobre los predecesores, someter los nuevos descubrimientos al arbitrio y evaluación de los pares, sujetarse siempre a los procedimientos de discusión racional y esperar, en el mejor de los casos, el crédito y el reconocimiento de la comunidad a la que pertenece. Todo esto se consigue, mucho mejor, mediante la comunicación pública y la puesta a disposición digital, libre de trabas y cortapisas, en la red. Y la evidencia apunta a que la transición en los soportes es masiva, incuestionable y, prácticamente, insensible: sitios como HighWire Press<sup>5</sup>, PLOS<sup>6</sup>, ArXiv.org<sup>7</sup> o Scielo<sup>8</sup>, por citar tan sólo alguno de los sitios pioneros, ofrecen conocimiento contrastado de alta calidad en abierto, haciendo caso a la divisa que conduce sus páginas: *free access to science*.

Pero lo mismo sucede con muchas de las publicaciones profesionales que, antaño, aferradas al papel, ejercían simultáneamente una labor tutelar y proyectaban una imagen de solvencia profesional. Me refiero a los códigos legales, a las interminables bibliotecas de jurisprudencia encuadradas en cuero que acompañaban, como una presencia sancionadora, el trabajo de los profesionales de la ley. Las editoriales dedicadas a estos asuntos comprendieron bien pronto que la revolución digital les afectaba de lleno, directamente, y que su negocio pasaba por la reinención digital, haciendo uso de todas las propiedades que los nuevos medios les ofrecían. De hecho, en España, muchas de las editoriales que antes pertenecían a capital nacional, fueron adquiridas por grupos transnacionales<sup>9</sup> que supieron ver un modelo claro de negocio en la distribución de contenidos y servicios digitales a abogados, jueces y notarios. Hoy en día, en consecuencia, cualquier profesional puede tener información puntual en su pantalla sobre jurisprudencia histórica y actual, sobre noticias profesionales o sobre códigos especializados, sin que sea necesario recurrir en ningún caso a los pesados tomos tutelares de antaño. Y lo mismo cabría decir para otros sectores y disciplinas profesionales: la medicina, la economía, etc.

Las guías de viaje ya no existen, o no al menos como las comprendíamos hasta ahora. Las guías con las que tradicionalmente hemos viajado debajo del brazo —una variante de los libros de referencia y consulta—, a menudo pesadas e irregularmente actualizadas, se han transformado

---

<sup>5</sup> HighWire Press <http://highwire.stanford.edu/>

<sup>6</sup> Public Library of Science <http://www.plos.org/>

<sup>7</sup> Arxiv.org <http://arxiv.org/>

<sup>8</sup> Scielo <http://scielo.isciii.es/scielo.php>

<sup>9</sup> Wolters Kluwer España <http://www.wolterskluwer.es/>

en ficheros descargables en red que pueden, además, desgajarse a conveniencia, sin la necesidad u obligación de adquirir la guía completa de un país cuando lo que en realidad necesitamos es la de una provincia, una ciudad, es decir, una guía a medida. Editores tan reconocidos y reconocibles mundialmente como *Lonely Planet*<sup>10</sup>, intuyeron hace ya tiempo que los contenidos, una vez que por arte de los lenguajes informáticos<sup>11</sup> pueden disociarse de sus continentes, pueden ser distribuidos en canales muy diferentes, a gusto o conveniencia del lector, que no desea adquirir ni consultar nada sobrante o superfluo. La obra, además, no parece resentirse de esa fragmentación potencial, porque toda obra de referencia y consulta fue concebida, precisamente, como la adición de fracciones o segmentos cuya suma no representaba, necesariamente, más que cada uno de ellos tomados uno a uno.

¿Y qué decir de las tradicionales enciclopedias en papel? —que todavía existen, más como estrategia para la explotación de una clientela residual que como un negocio editorial de futuro. La Enciclopedia Británica<sup>12</sup> dejó de editarse en papel hace ya tiempo, y su equivalente alemán, la apabullante *Enciclopedia Brockhaus*<sup>13</sup>, ha anunciado recientemente que dejará de hacerlo o que, en todo caso, y a requerimiento de los amantes del papel, imprimirá un número limitado de ejemplares. Es posible que en esta transición hayamos perdido esa forma potencial de felicidad de la que hablaba Borges<sup>14</sup>, ya ciego y en la vejez, cuando sentía la gravitación de la *Brockhaus* que le habían regalado en las estanterías de su librería. A cambio hemos obtenido una agilidad inusitada en la búsqueda de conceptos, en el establecimiento de relaciones entre nociones e ideas que nos permiten explotar todo el potencial de conocimientos que una enciclopedia alberga, en la inclusión de otros medios que no son necesariamente la palabra escrita, en la actualización permanente de los contenidos, que nunca más quedarán caducos. No es extraño, dicho sea de paso, que en esta época de vaivenes e incertidumbres, lo que se ha convertido en digital por haber abandonado el papel —como las enciclopedias han hecho masivamente— o lo que fue ya nativamente digital —como la Wikipedia<sup>15</sup>—, sufran retornos

---

<sup>10</sup> Lonely Planet <http://www.lonelyplanet.com/>

<sup>11</sup> XML <http://www.w3.org/XML/>

<sup>12</sup> Enciclopedia Británica <http://www.britannica.com/>

<sup>13</sup> Enciclopedia Brockhaus <http://www.brockhaus.de/>

<sup>14</sup> Yo sigo jugando a no ser ciego, yo sigo comprando libros, yo sigo llenando mi casa de libros. El otro día me regalaron una edición del año 1966 de la *Enciclopedia Brockhaus*. Yo sentí la presencia de ese libro en mi casa, la sentí como una suerte de felicidad. Ahí estaban los veintitantos volúmenes con una letra gótica que no puedo leer, con los mapas y grabados que no puedo ver; y, sin embargo, el libro estaba ahí. Yo sentía como una gravitación amistosa del libro. Pienso que el libro es una de las posibilidades de felicidad que tenemos los hombres. Se habla de la desaparición del libro; yo creo que es imposible. Se dirá qué diferencia puede haber entre un libro y un periódico o un disco. La diferencia es que un periódico se lee para el olvido, un disco se oye asimismo para el olvido, es algo mecánico y, por tanto, frívolo. Un libro se lee para la memoria. “El libro”, en *Borges Oral*. 1998. Madrid. Alianza Editorial.

<sup>15</sup> <http://es.wikipedia.org/wiki/Portada>

esporádicos al papel —como ha sucedido recientemente en Alemania<sup>16</sup>—, o que el papel incorpore *microchips* digitales de manera que un lector, al pasar su dedo por encima de aquella zona que deba activarse, enlace con una página web que actualice o amplíe el contenido inscrito en el libro<sup>17</sup>, en un curioso viaje de ida y vuelta que habla mucho de las irresoluciones y vacilaciones que los editores padecen.

En realidad, de ese proceso de fragmentación inexorable se están aprovechando ya una nueva pléyade de editores, o quizás deberíamos llamarlos intermediarios editoriales —*brockers* les llaman en inglés, aunque no me gusta necesariamente la connotación financiera—, que no en otra cosa consiste, en realidad, el oficio de editor. En sitios como *Questia*<sup>18</sup> o *Safari Books*<sup>19</sup>, por ejemplo, los editores tradicionales ofrecen a los nuevos intermediarios digitales la posibilidad de explotar sus contenidos de manera que, cuando un usuario lance una búsqueda sobre un tema cualquiera, encuentre coincidencias pertinentes en cualquiera de los volúmenes o cabeceras que esos sitios alberguen, y decida tomar o entresacar fragmentos de una miríada de publicaciones distintas que no pertenecerán, necesariamente, al mismo editor, generando, cuando termine el proceso, un nuevo texto que, como un *patchwork*, sea el fruto de la adición sucesiva de porciones provenientes de obras diferentes. Cada editor cobrará al intermediario una cantidad que podrá estipularse de muy diversas maneras (una licencia para la explotación global, temporal y no exclusiva de sus contenidos; un canon en función del número de consultas o descargas que se produzcan, etc.), a la vez que el intermediario cobrará al usuario una cantidad que suele resolverse en una tarifa de suscripción por el tipo de servicios a los que se acoja. En esta transacción, los libros como obras autosuficientes y encerradas en sí mismas dejan de tener sentido, y se convierten en la excusa de una textualidad o de una intertextualidad<sup>20</sup> que hubiera hecho las delicias de Barthes.

Asistimos, pues, a la plena y justificada desaparición del libro en soporte papel en todas aquellas áreas en las que sus contenidos cobren un mayor significado cuanto más relacionados se encuentren con otros contenidos precedentes o coetáneos —como sucede en ciencia—, cuanto más importancia adquiera la actualización de las competencias y los conocimientos profesionales y más determinante resulte hallar un dato determinado —como sucede en determinados ámbitos profesionales—, cuanto más sentido individual resida en cada una de las partes que compongan una obra aparentemente unitaria y más probabilidades haya de que

---

<sup>16</sup> Bertelsmann druckt Wikipedia <http://images.zeit.de/text/online/2008/18/wikipedia-bertelsmann>

<sup>17</sup> bLink: Completing the Connection Between the Analog and Digital Worlds  
[http://conferences.oreillynet.com/cs/toc/view/e\\_sess/14393](http://conferences.oreillynet.com/cs/toc/view/e_sess/14393)

<sup>18</sup> Questia <http://www.questia.com/>

<sup>19</sup> Safari Books <http://safari.oreilly.com/>

<sup>20</sup> Intertextualidad en <http://es.wikipedia.org/wiki/Intertextualidad>

puedan ser usadas particularmente —como en el caso de las obras de referencia y consulta—, cuanto más relevante sea la trama y la red de relaciones que puedan tejerse con otros contenidos, para generar un verdadero y cabal conocimiento en red —como sucede en el caso de los nuevos intermediarios digitales.

Todo esto está sucediendo sin que el libro electrónico, que a veces pretende ser el único protagonista de esta mutación de más largo alcance, sea el personaje principal que pretendía ser. Es posible, como hace bien poco reconocía Luke Johnson<sup>21</sup>, el Presidente de la poderosa cadena norteamericana de librerías Borders, que no hayamos dado todavía con el equivalente al iPod que secuestró la música, y nos estemos desangrando todavía en una guerra de formatos<sup>22</sup> y de modelos de negocio<sup>23</sup> de la que todavía no sabemos cómo saldremos. De hecho, conviven en la actualidad recomendaciones que avalan los estándares abiertos, como la que abanderó el *International Digital Publishing Forum*<sup>24</sup>—y que ha adoptado el libro electrónico fabricado por Sony, el *Sony Reader*<sup>25</sup>—, junto a la cerrazón que promueve Amazon<sup>26</sup> con su *Kindle*<sup>27</sup>, un libro electrónico con sistema propietario que pretende compensar su exclusividad con la apabullante cantidad de libros potencialmente digitalizables que podrían ofrecerse a través de sus páginas. El modelo tecnológico es, simplemente, el trasunto de modelo de negocio que pretenda desarrollarse: un sistema abierto no obliga al lector ni al editor a vincularse con exclusividad a un solo fabricante de soportes (el libro en papel es, dicho sea de paso, un sistema abierto), de manera que cualquiera puede editar, distribuir y leer sus contenidos en cualquier soporte que haya implementado ese estándar; al contrario, cuando un distribuidor o un fabricante construyen un dispositivo dedicado y propietario, pretenden vincular de por vida, obligatoriamente, a editores y lectores con un solo soporte elaborado, no lo olvidemos, por un solo proveedor. Esa aspiración suele fundamentarse, claro, en la riqueza de la oferta que promete, porque de otra forma sería irrazonable ligarse de manera indisoluble a un solo distribuidor. Aunque, bien pensado, ¿quién quiere atarse a perpetuidad a un solo dispensero? En esto parece que, una vez más, hemos desaprendido la lección que los libros en papel nos dan y el propósito mismo que llevó a la creación del IDPF: el *Forum de Edición Digital*

---

<sup>21</sup> “BA: iLiad 'not iPod moment for books'”

<http://www.thebookseller.com/news/58319-ba-iliad-not-ipod-moment-for-books.html>

<sup>22</sup> La guerra de los formatos

<http://weblogs.madrimasd.org/futurosdellibro/archive/2008/04/24/89972.aspx>

<sup>23</sup> La guerra de los derechos

<http://weblogs.madrimasd.org/futurosdellibro/archive/2008/04/25/90045.aspx>

<sup>24</sup> <http://www.idpf.org/>

<sup>25</sup> Sony Reader

<http://www.sonystyle.com/webapp/wcs/stores/servlet/CategoryDisplay?catalogId=10551&storeId=10151&langId=-1&categoryId=8198552921644523779>

<sup>26</sup> <http://www.amazon.com>

<sup>27</sup> <http://www.amazon.com/Kindle-Amazon-Wireless-Reading-Device/dp/B000F173MA>

*Internacional* (que poco antes se había denominado *Open Ebook Forum*), se creó, precisamente, ante la palmaria necesidad de generar un estándar abierto y universal que evitara la sangrante guerra de formatos que había caracterizado la primera época de la reciente historia de los libros electrónicos, cuando el *Rocket Ebook* y el resto de sus adláteres, luchaban por convertirse en el soporte único y verdadero. Amazon, sin embargo, opta por reavivar el antagonismo basándose en la seguridad que le da el crecimiento continuo de sus beneficios<sup>28</sup> y la enorme masa crítica de la que se ha convertido en distribuidor principal. De esta forma, pretende emular sin resquicio de duda el modelo de negocio promovido por Apple para la música, en la ficción seguramente equivocada de que la naturaleza de los textos es similar a la naturaleza intangible de la música, adaptable, por tanto, sin violencia o degradación alguna, a cualquier tipo de soporte. No me adentraré más en esta discusión, determinante, por otra parte, sobre el atentado que los soportes digitales, particularmente el iPod, suponen contra la singularidad de la obra y el sentido unitario que sus autores pretendieron conferirle cuando la concibieron<sup>29</sup>, pero más allá de la polémica sobre esa unidad, lo que sí parece cierto es que las normas de composición a las que un texto es sometido contribuyen de manera decisiva a transmitir un tipo de significado, mientras que la música está exenta de cualquier clase de injerencia compositiva, porque es naturalmente etérea, y no necesita de tipografías, ni de largos de línea, ni de cajas de composición que determinan, en buena medida, la manera en que percibimos y comprendemos un mensaje. El célebre experimento que los estructuralistas franceses realizaron al componer un mismo mensaje de dos maneras diferentes (como el titular de un periódico o como la estrofa de un poema sin rima), puso de manifiesto, hace ya mucho tiempo, que la forma en que un mensaje se compone precisa y delimita su significado, condiciona su recepción, y los libros electrónicos, con el Kindle a la cabeza, pasan esto todavía por alto, porque lo que en realidad es todavía una debilidad, intentan hacerlo pasar por una virtud: que un soporte como el Kindle muestre, sin prácticamente diferencia alguna, periódicos, revistas, blogs y libros, en una amalgama compositiva que todavía no ha encontrado las claves de una puesta en página diferencial, no es necesariamente algo bueno, al menos así nos lo ha advertido, hace ya tiempo, Chartier: la inevitable ruptura de la relación entre tipos de objetos, categorías de textos y formas de uso y lectura, no es trivial, y no basta con que el dispositivo tecnológico sea capaz de hacerlo para que, automáticamente, lo aceptemos.

---

<sup>28</sup> Amazon anunció el 30 de enero de 2008 haber crecido un 42% y que su cifra de ingresos había ascendido a 5.7 \$ billones (millardos) de dólares. <http://phx.corporate-ir.net/phoenix.zhtml?c=176060&p=irol-newsArticle&ID=1102343&highlight=>

<sup>29</sup> Tal como, por ejemplo, sostiene Diego Manrique en su artículo “Barra libre de música por 64 euros”, en *El País* de 20 de marzo de 2008 [http://www.elpais.com/articulo/cultura/Barra/libre/musica/64/euros/elpepicul/20080320elpepicul\\_1/Tes](http://www.elpais.com/articulo/cultura/Barra/libre/musica/64/euros/elpepicul/20080320elpepicul_1/Tes)

Tampoco es menor una cuestión que suele pasarse por alto, aunque bien es cierto que los científicos están aprendiendo rápidamente a prescindir de ella: los nuevos soportes plantean una profunda transformación de las posibilidades de construcción y de las modalidades de acreditación de los discursos del saber. El papel, durante los últimos seiscientos años, ha sido el soporte sobre el que se ha vertido el conocimiento y sobre el que se han rubricado transacciones, leyes y derechos. Aunque la ciencia y la administración digitales son, cada vez más, una realidad palmaria, la pervivencia de los soportes posee una inercia que va más allá de lo que pudiera parecer probable, como la historia se empeña en recordarnos: aun cuando el códice, como soporte, fuera ampliamente aceptado y extendido a lo largo del siglo IV, el papiro siguió siendo utilizado como soporte jurídico y administrativo hasta el siglo X, en un claro ejemplo de histéresis de las categorías de percepción y apreciación humanas. No creo, ni mucho menos, que la transición actual necesite los próximos seiscientos años para completarse, pero tampoco se precipitará a la velocidad que los más tecnófilos propagan.

Encontramos, al contrario, ciertas resistencias profundamente ancladas que no obedecen, al menos no solamente, a intereses editoriales o empresariales: cuanto más autónoma o autosuficiente sea una obra, cuanto menos utilidad (inutilidad, dirían algunos) tenga su posible relación con otras obras o fragmentos de obra, que en nada extienden o amplían su propio sentido, cuanto más estrecho y estable sea el pacto implícito que el lector establece con el autor para adentrarse, sin rechistar, en un mundo convencional y ficticio que sigue unas pautas compositivas determinadas, más tenderá el contenido a aferrarse a un tipo de soporte, el libro en papel, que garantiza que todas esas conciertos se respeten e, incluso, se potencien. El interfaz que es el libro en papel, es el fruto actual de la progresiva decantación de quinientos años de dispositivos textuales muy eficientes que se han ido integrando progresivamente (desde el índice hasta la página de créditos, desde la foliación hasta la división en párrafos del texto) y que, de tan acostumbrados que estamos a manejarlos, no reparamos en ellos. El libro en papel sigue y seguirá cumpliendo esta función de contenedor o receptáculo (de código abierto) porque satisface plenamente las expectativas de un determinado tipo de lectores que no se avendrán fácilmente a realizar ese cambio de soporte: los lectores de novelas de entretenimiento, o los lectores de relatos de ficción en los que el lenguaje siga persiguiendo sus propios límites, parece que se aferrarán durante dos o tres generaciones más al soporte conocido.

Los fabricantes de papel y los fabricantes de maquinaria industrial, por otra parte, no ofrecen signos de cansancio, al contrario, empeñados como están en refinar la calidad de sus máquinas,

su velocidad, sus prestaciones<sup>30</sup>. El número de ISBNs anuales sigue creciendo, hasta alcanzar, en España, los 77.000 anuales<sup>31</sup>, cifra que nos coloca —por el efecto del mercado latinoamericano y europeo— entre las cinco primeras potencias mundiales por número de novedades, reediciones y reimpressiones. Las cifras de venta de libros en papel, en la mayoría de los países occidentales, siguen creciendo, moderadamente, pero siempre al alza<sup>32</sup>. Todo parece apuntar, en consecuencia, a un pujante deseo de convivencia, no a una sustitución violenta y sin contemplaciones.

A estas alturas cobra más sentido la pregunta inicial: no se trata tanto de hablar del futuro del libro sino, en todo caso, de los futuros del libro, no se trata tanto de buscar una respuesta unívoca y sin matices como de valorar en qué contextos es más probable que ese cambio de soportes sea ventajoso y se produzca sin disensiones y en qué otros ámbitos sea impensable un canje tan rápido, porque atente contra categorías de pensamiento y percepción profundamente arraigadas en nuestra manera de distinguir las cosas, los soportes. Y no se trataría, tampoco, de que nos preguntáramos, exclusivamente, si el libro electrónico va a sustituir o no al libro en papel, porque el *ebook* no es más que una de las posibles dimensiones o encarnaciones de un fenómeno mucho más amplio y expansivo, que es el de los soportes electrónicos, de manera que de lo que en realidad deberíamos hablar es qué tipo de canal digital es más idóneo o adecuado para el uso y disfrute de determinado tipo de contenido y, en todo caso, qué características debería reunir un renovado libro electrónico<sup>33</sup> para satisfacer nuestras expectativas. No puede haber duda, en todo caso, de que esa sustitución tendrá mucho que ver con lo generacional, porque tal como delatan los estudios más conspicuos sobre hábitos lectores en soportes digitales<sup>34</sup>, los estudiantes todavía sin licenciar son los más propensos a leer exclusivamente en pantalla y, al contrario, los mayores de 65 tan sólo utilizan el papel, incapaces ya de habituarse al manejo de un soporte nuevo, pero antes de que ese reemplazo sea completo e irreversible y de que la era de los soportes electrónicos se haya apoderado de todo el espectro lector, disfrutaremos prolongadamente, como usuarios, de la riqueza plural de los distintos soportes.

---

<sup>30</sup> DRUPA <http://www.drupa.de/>

<sup>31</sup> Federación de Gremios de Editores de España  
<http://www.federacioneditores.org/SectorEdit/DatosEstadisticos.asp>

<sup>32</sup> Comercio Interior del Libro en España  
[http://www.federacioneditores.org/0\\_Resources/Documentos/Comercio\\_Interior\\_2006.zip](http://www.federacioneditores.org/0_Resources/Documentos/Comercio_Interior_2006.zip)

<sup>33</sup> Los usuarios del Kindle de Amazon, por ejemplo, ya han expresado en un foro abierto por el propio fabricante que nuevas características debería incorporar un posible Kindle 2.0.

[http://www.amazon.com/Kindle-0-Dream-Feature-List/forum/FxBVKST06PWP9B/Tx1F6889FO42C2L/1?\\_encoding=UTF8&asin=B000F173MAv](http://www.amazon.com/Kindle-0-Dream-Feature-List/forum/FxBVKST06PWP9B/Tx1F6889FO42C2L/1?_encoding=UTF8&asin=B000F173MAv)

<sup>34</sup> Proyecto Superbook. University Collage London. <http://www.ucl.ac.uk/slais/research/ciber/superbook/>